

DOSSIER: MEDICOS SIN FRONTERAS

# AJOBLANCO

NUMERO 57 NOVIEMBRE 1993 500 PTAS

DISCOGRAFICAS  
INDEPENDIENTES

UNIVERSIDAD  
Cementerio de  
conciencias

CARLOS FUENTES  
"El mestizaje  
es una virtud"

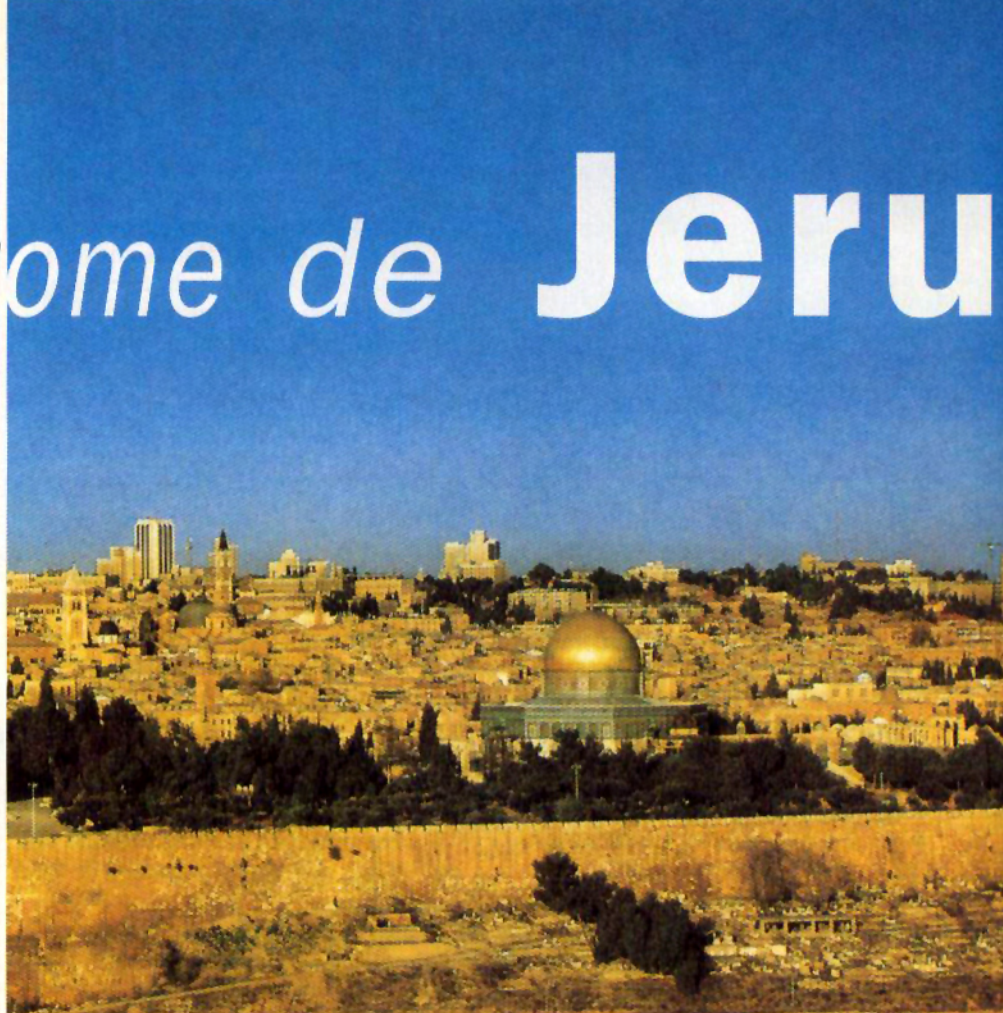
## CASTORIADIS

DE LA SOCIEDAD DEL ESPECTACULO  
A LA SOCIEDAD DEL OLVIDO

# Emma Suárez

Subversión, Simulación, Conquista.

# El síndrome de Jeru



Por Javier Valenzuela

**C**omo está escrito, la batalla de Armagedón, la que decidirá el destino de Jerusalén y de toda la humanidad, se librará al final. Tiene razón el filósofo Sari Nusseibi cuando dice que los negociadores israelíes y palestinos han adoptado “una sabia decisión” al dejar pendiente el problema del futuro de Jerusalén. “Si hubieran puesto esta cuestión sobre el tapete”, afirma Sari, “las negociaciones no hubieran durado más de cinco minutos”. Así que israelíes y palestinos han decidido darle a la paz una oportunidad en Tierra Santa, y, para seguir avanzando, han acordado que hablarán de su capital al final del proceso. Y entonces, si Dios no lo remedia, puede armarse la de Armagedón.

No hay ninguna ciudad en el mundo comparable a Jerusalén. Muchas otras —Berlín, Beirut y Sarajevo en nuestro tiempo— han sido y son objeto de feroces disputas. Pero Jerusalén es distinta. No es la más hermosa ni la más rica ciudad del planeta, pero es la más sagrada para el mayor número de gente. Desde hace cuatro milenios los seres humanos matan y mueren por poseerla. Durante los últimos veinte siglos, e incluso antes, desde el exilio en Babilonia, los judíos se han venido prometiendo que el año siguiente lo pasarían en Jerusalén. Los cristianos organizaron cruzadas para conquistarla. Hoy en día, en millones de hogares musulmanes, desde el río Senegal al mar de China, los salones están decorados con fotos en

colores de la jerosolimitana mezquita de Omar.

Los israelíes —una mayoría de israelíes— son favorables a la idea de que los palestinos creen una entidad autónoma en Gaza y la mayor parte de Cisjordania, los territorios ocupados en 1967. Incluso están dispuestos a aceptar que esa entidad se convierta en un Estado dirigido por Arafat. Pero prácticamente ningún israelí está dispuesto a entregar a los palestinos ni una sola piedra de Jerusalén. Para ellos es la capital eterna e indivisible del Estado judío. El problema es que los palestinos también quieren instalar allí, al menos en su parte árabe, la oriental, la capital de su hogar político.

Estuve en Jerusalén hace unas semanas, cuando Israel y Arafat firmaron la paz. Ya en el avión me hormigueaba una extraña euforia, aquello de ya están tocando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. En los quince días siguientes, paseándome por las empedradas calles de la ciudad amurallada, volví a dejarme llevar por los sentimientos religiosos que siempre me asaltan allí. Besé el muro de las Lamentaciones, recé en la mezquita de Omar, puse una vela en el Santo Sepulcro y, la verdad es que Dios escuchó mis plegarias.

Y es que, como me dijo uno de esos días un curtido colega anglosajón ante la roca en la que Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac, la misma sobre la que se levantó el templo de Salomón, la que sirvió a Mahoma de punto de despegue en su viaje al cielo, la que constituye el centro de la mezquita de Omar: “Si Dios existe, cosa que dudo, debe andar por aquí”.

Una tarde, Gilles Delafon me puso sobre la pista del “síndrome de Jerusalén”. Desde lo alto del minarete de la mez-

# salén



quita de Nabi Musa contemplábamos cómo se ponía el sol sobre las áridas, redondas y hermosas colinas del desierto de Judea.

—¿Sabes —dijo Gilles— que cada año doscientos turistas occidentales se vuelven locos en Jerusalén?

—Vaya tela —respondí.

—Sí, al llegar a Jerusalén se toman por Sansón, Abraham, Moisés, Salomón, María Magdalena, la Virgen o San Juan Bautista. El personaje favorito es, por supuesto, Cristo o el Mesías. Los tienen que llevar al hospital psiquiátrico de Kfar Shaul. Imagínate la escena: un médico israelí llamando al consulado sueco y diciendo : “Tenemos aquí a un tal Carlson que pretende ser el rey David”.

En doctor Elie Vistum me lo confirmó días después. “El síndrome de Jerusalén”, explicó, “no es nuevo. Ya en 1927, el escritor Arthur Koestler contaba su encuentro en esta ciudad con un joven turista norteamericano que predicaba la inminencia del Apocalipsis”. El doctor Vistum lo tenía claro: “Es Jerusalén, centro magnético de las tres grandes religiones monoteístas, lo que vuelve loca a toda esa gente”.

En mi última estancia en Jerusalén logré escapar al auto-descubrimiento de que, en realidad, soy el profeta Elías. Por lo demás, la Ciudad Santa volvió a darme un montón de emociones. Quizá la más fuerte, por insólita, fue el día en que vi ondear por primera vez la bandera palestina en la puerta de Damasco. En la que la vi ondear, quiero decir, en libertad, sin que la tropa israelí vomitara una granizada de balas.

Lloré ese día —viernes, 10 de septiembre de 1993— co-

***La emoción más fuerte, por insólita, fue el día en que vi ondear por primera vez la bandera palestina en la puerta de Damasco, en libertad, sin que la tropa israelí vomitara una granizada de balas.***

mo lloraron tantos amigos palestinos. Las banderas suelen ser un mal rollo, pero cuando te pueden matar por exhibirlas se convierten en un emblema de libertad y de dignidad. Prohibida, la bandera palestina era el recordatorio de que en Tierra Santa se estaba cometiendo una enorme injusticia; exhibida libremente en Jerusalén, se transformaba en una prueba tangible de que los descendientes de Isaac, los judíos, y los de Ismael, los árabes, habían llegado a la conclusión de que no tienen otro remedio que compartir pacíficamente la herencia de su común ancestro Abraham. Aunque sea cada cual en su rincón.

Si Arafat firmó el acuerdo de paz es porque sabe que a Israel no lo borra de Tierra Santa ni el Anticristo. Conclusión a la que podría añadirse el hecho de que los judíos se lo han currado, se lo han ganado a pulso. Y si los laboristas Isaac Rabin y Shimon Peres aceptaron el, para ellos, doloroso apretón de manos con Arafat, es porque han terminado por comprender lo que tantos amigos sinceros de Israel les decían desde hacía años: los palestinos, ya despojados para siempre de buena parte de lo que era enteramente suyo en 1947, en el momento del nacimiento de Israel, tienen todo el derecho a construir su hogar nacional en los territorios ocupados en 1967.

Me fui de Jerusalén con dos sentimientos. Uno, el construido y avalado por la razón, me decía, me dice, que hará falta un nuevo milagro para que se materialice el espejismo de la paz en Oriente Próximo. Otro, surgido de las tripas y de algún lugar todavía más recóndito, me decía, me dice, que habrá milagro. Lo escuché a muchos israelíes y palestinos lúcidos: “Va a ser difícil que esto funcione, pero tiene que funcionar y va a funcionar”.

Tiene que funcionar. Por cojones. Caiga quien caiga; cueste lo que cueste. Al menos tiene que funcionar hasta que llegue la hora de la verdad, e israelíes y palestinos hablen de Jerusalén. El fantasma de la batalla de Armagedón, la que, según el Libro de la Revelación, se librará en la Ciudad Santa y precederá el Final de los Tiempos, planeará entonces sobre la humanidad. ■

---

**Javier Valenzuela**, que comenzó su carrera periodística en *Ajoblanco*, es corresponsal de *El País* en París tras haber ocupado esa misma función en Beirut y Rabat. Es autor del libro *El Partido de Dios*.